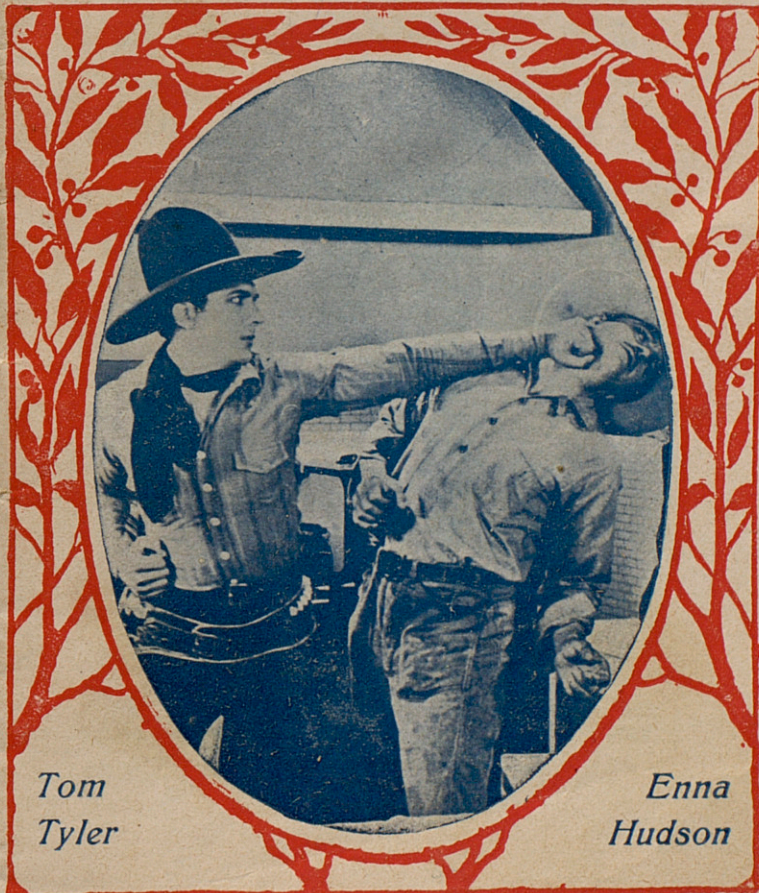


Biblioteca-Films

NÚM.
411

Bajo el Cielo del Oeste

25
CTS.



Tom
Tyler

Enna
Hudson

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 411

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■

■ ■

Bajo el Cielo del Oeste ¹⁹²⁹

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el simpático actor de la pantalla

T O M T Y L E R

Adaptación por M. NIETO GALÁN

Programa ARAJOL

Aragón, 255

Barcelona

REPARTO

Tex TOM TYLER

Ana Enna Hudson

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

COLECCION VD. LAS NOVELAS DE GRAN ÉXITO A UNOS RUROS

Ediciones Biblioteca Films a UNA peseta
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA,
por Brigitte Helm.
RASPUTIN, Wladimir Gaidaroff
LA ULTIMA ORDEN, Emil Jannings.

Selección de Biblioteca Films a 50 céntimos
RUSIA, Wladimir Gaidaroff.
EL DIAMANTE DEL ZAR, Ivan Petrovich.
LOS HUSARES DE LA REINA, Billie Dove.
LA MARCHA NUPCIAL, Eric Von Stroheim.
CZAREVICH, Ivan Petrovich.
ADORACION, Antonio Moreno.
NOCHE DE PRINCIPIES, Gina Manes.

Selección de Films de Amor a 50 céntimos
LOS CADETES DEL ZAR, Conway Tearle.
RESURRECCION, Dolores del Río.
LA MUJER DE MOSCOU, Pola Negri.
LA CANCION DEL COSACO, Hans Adalbert Schetow.
CLARO DE LUNA, Lawrence Tibbett.

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Alameda 707 Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

PRIMERA PARTE

En aquellos tiempos, en los que el afán de la riqueza y la ambición del oro hacían que muchos muchachos del Oeste abandonasen sus ranchos y ganados para ir en busca del dorado filón o del pozo de petróleo, el rancho M. T. iba quedándose vacío. Los trabajadores emigraban de él, poseionados por aquella idea que les hacía creer que en la nueva ocupación llegarían, sin gran esfuerzo, a poseer una cuantiosa fortuna. Además, otro de los motivos que inducía a los trabajadores a dejar aquel rancho, era el de que hacía algunos meses no se les pagaban los jornales. Pero, así y todo, aun había algunos hombres adictos al patrón y éstos sufrían pacientemente aquel año de escasez, esperando que llegasen tiempos mejores.

Era dueño del rancho un muchacho joven y simpático a quien todos conocían familiarmente por el nombre de Tex, siendo su verdadero nombre el de Tex Max Blund.

No se le ocultaba a éste, sin embargo, que alguien debía trabajar bajo mano sobre los hombres de su rancho, para que éstos fueran abandonándole, con el fin de hacerle insostenible la situación, y una mañana le expuso su pensamiento a un viejo compañero, diciéndole:

—Riley, creo que hay alguien interesado en arruinarnos.

—También pienso yo lo mismo—le dijo el viejo Riley—. Lo único que no puedo comprender es el motivo de ese interés.

—Yo sí—respondió Tex—. Ya sabes que en nuestra hacienda hay petróleo, y estoy seguro de que los que trabajan ocultamente, lo que pretenden es apoderarse de él ;pero pierden el tiempo, porque pienso explotar yo mismo los pozos.

—Puede ser que sea como tú dices—replicó Riely—. Desde hace algún tiempo en la hacienda de Dugan hay cierta gente que no me gusta mucho.

Siguieron hablando de la difícil situación en que se encontraban de persistir los demás hombres en abandonar el rancho, cuan-

do llegó a la hacienda un individuo, que dirigiéndose a Tex, le dijo:

—¡Hola, Tex!

—¡Hola, Clafield! —respondió el muchacho—. ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a proponerte un negocio—le dijo el otro.

—Ya sabes que contigo no me interesa ninguna clase de negocio—le dijo secamente Tex.

—Sin embargo, el que voy a proponerte te ha de interesar—siguió diciéndole Clafield—. Se trata de la compra de tu rancho. Hay alguien que le interesa comprarlo, para saber si en él hay petróleo.

—Pues dile a esa persona que nosotros no venderemos el rancho—exclamó Riley.

Clafield se echó a reír y respondió:

—¿Y con qué medios cuentas tú para la explotación?

—¡Eso no te importa!

—¡Claro que no te importa!—repitió Riley—. Nosotros lo explotaremos, y en paz.

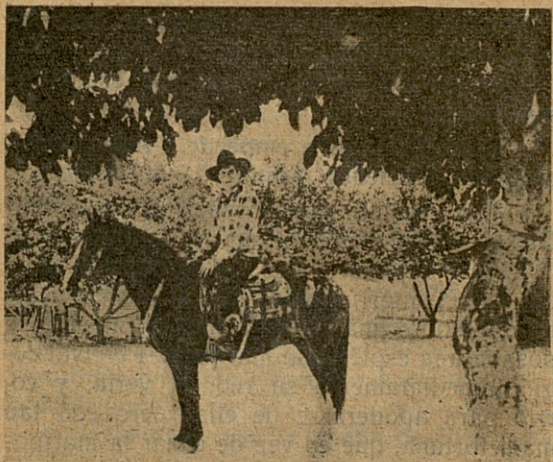
—Pues, aunque no queráis, tendréis que venderlo — terminó diciendo groseramente Clafield.

—Lo que debes hacer—le dijo Tex mientras lo sacaba del rancho—, es no volver a poner los pies en mi rancho, si no quieres que te pase algo desagradable.

En todo el contorno era conocido Tex por dos cosas: primera por su simpatía y segunda por sus puños, que, puestos a repartir puñetazos, eran terribles. Por esta razón, Clanfield creyó lo más prudente no seguir aquella discusión y montó nuevamente a caballo, dejando para mejor ocasión sus negociaciones.

Como había dicho Riley, en la hacienda Dugan se reunía gente sospechosa, aunque su dueño, un pobre hombre, tan grandote como infeliz, no supiese nada acerca de las intenciones de sus huéspedes. Pero no todos los que se hospedaban en la hacienda Dugan pertenecían a aquella clase de gente, sino que entre ellos habían dos jóvenes, que nada tenían que ver en negocios petrolíferos ni ganaderos.

Uno de ellos era Percival Givers, un gran amante de las Ciencias Naturales, más inocente que un bizcocho y que se pasaba la vida cogiendo mariposas, que pensaba presentar luego en la Exposición de Ciencias Naturales. Le acompañaba su primita Ana Givers, una deliciosa muchacha, criada en la ciudad, pero que no impedía eso para que supiese montar a caballo con la misma agilidad que cualquiera que hubiese nacido en un rancho. Los dos primos se querían entrañablemente, pero sin que en este cariño in-



Tex era conocido por dos cosas...

terviniera para nada el sentimiento amoroso. Podía decirse que el afecto que los unía era verdaderamente fraternal.

El más amigo de Percival era Dugan, y tal vez por eso mismo era por lo que estaban continuamente peleando.

Una tarde, volvían los dos primos de una de sus excursiones de cazar mariposas y Dugan les preguntó burlonamente:

—¿Cómo van esas cacerías de fieras?

Percival lo miró despectivamente, por encima de sus lentes, y le dijo:

—Usted no puede entenderde estas cosas, amigo.

—Pero, ¿ya vais a empezar a pelearos?— preguntó sonriendo Anita.

—Lleva usted razón, señorita — le dijo Dugan—. Lo mejor es que no le haga caso.

Se fué bajo un árbol a continuar la tarea que había interrumpido, casi al mismo tiempo que sobre una de las ramas del mismo se posaba una espléndida mariposa. Percival cogió inmediatamente su red, al verla, y corrió para apoderarse de ella; pero con tan mala fortuna, que en vez de cazar la mariposa, lo que cazó fué la rapada cabezota de Dugan, quien indignado corrió tras el muchacho, que huía de sus puños como alma que lleva el diablo.

En este intervalo llegó a la hacienda un nuevo individuo, un tal James Jarfield, hombre de conducta algo dudosa y que se dedicaba a la explotación de pozos petrolíferos. Esperó la llegada de Clanfield y cuanto éste, por fin, arribó al rancho, le preguntó:

—¿Has hablado con Tex?

—Sí—respondió el otro—; pero no hay nada a hacer. Se niega a vender la hacienda.

—Pues, es necesario que esa hacienda sea

mía—le dijo imperiosamente James—. ¿Para qué la quiere él?

—Dice que va a explotar el petróleo que hay en ella—le replicó Clanfield.

—Pero, si no tiene un centavo, ¿cómo va a comprar los utensilios y a tener los hombres que hacen falta?

—Yo ya sé cómo se las apaña—volvió a decirle Clanfield—. Me he enterado de que Tex posee unos brillantes en bruto y que piensa retirarlos del Banco para venderlos y con su importe emprender los trabajos.

—Pues hay que impedirlo a toda costa—ordenó James.

—Yo lo haré, con la ayuda de Johnson—le dijo el otro compinche—. Desde mañana vigilaremos la hacienda T. M., para saber cuándo llegan los brillantes.

Y, preparado de aquella forma el plan para apoderarse de la hacienda de Tex, los dos cómplices esperaron al día siguiente, para empezar a desarrollarlo

SEGUNDA PARTE

A la llegada del correo, al día siguiente, Johnson y Clanfield espiaban ocultos, hasta que por fin vieron llegar al auto que conducía la poca correspondencia destinada a aquellos ranchos. Tex y Riley corrieron a él, seguros de que les traían los brillantes, y el joven preguntó al encargado del correo:

—¿Traes algún encargo para mí, Peter?

—Una caja, que debe tener algo de mucho valor—dijo Peter.

Firmó Tex el recibo del objeto que venía a su nombre y poco después se sentaron los dos amigos a la puerta del rancho, para examinar el contenido de aquella caja. Una vez abierta, Riley quedó extrañado del valor que tenían aquellos pedazos de piedras, y le dijo a su amigo:

—Parece mentira que esos trozos tan negros valgan tanto dinero.

—Ten presente—le explicó Tex—que los brillantes del Brasil, como éstos, son los más solicitados.

La caja que contenía los brillantes era una simple caja de puros, y nadie que la hubiera visto hubiese sospechado que en su interior había una verdadera fortuna.

—Yo voy a dar un vistazo por ahí, para ver si está todo dispuesto—le dijo Riley a su amigo, cuando terminaron de ver los brillantes.

Montó a caballo y minutos después quedó Tex solo en el rancho.

Este fué el momento que aprovecharon los dos compinches para atacar al muchacho, que al verse ante dos hombres, no pensó en otra cosa que en defenderse. En la lucha cayó al suelo la caja y Clanfield se apoderó de ella e intentó huir. Tex, adivinó en seguida las intenciones de aquel bandido y corrió tras él, para detenerlo. Mas Johnson intentó detenerlo, cosa que le fué imposible, porque Tex, de un terrible puñetazo, le derribó al suelo. De un salto subió sobre su caballo y corrió tras de Clanfield que, a todo meter de su cabalgadura, se dirigía hacia la hacienda Dugan. Los caballos de los dos jinetes volaban materialmente, el uno en persecución del otro; pero la mala fortuna para Tex quiso que su caballo tropezase y cayera rodando por el suelo. Con el golpe el muchacho perdió el conocimiento y Clanfield pudo llegar a la hacienda Dugan en el mo-

mento en que su propietario empezaba otra de sus continuas peleas con Percival. Viendo que no lo podía coger, tomó del suelo una piedra y la lanzó contra el joven naturalista, más tan oportunamente bajó éste la cabeza, que la piedra fué a chocar contra la cabeza de Clanfield, que llegaba en aquel instante, y rodó por tierra sin sentido.

Anita, que ya había salido de la casa, preparada para su excursión con su primo, acudió corriendo en auxilio del bandido, lo mismo que James y Dugan. Entre todos lo levantaron y lo llevaron hasta la puerta de la casa.

Anita, al ver que empezaba a recobrar el conocimiento, tomó la caja donde guardaba las mariposas y, colocándola en el interior de la bolsa de la montura, se alejó con su primo en busca de los ansiados insectos.

Lo primero que hizo Clanfield tan pronto recobró el conocimiento, fué preguntar por la caja.

—Aquí la tiene—le dijo Dugan.

El bandido entregó la caja a James, diciéndole:

James abrió la caja y con mirada codiciosa examinó su contenido, exclamando indignado:

—¡Y para coger una mariposa tanto trabajo!

En efecto, en el interior de la caja solamente había una hermosa mariposa.

—¡Esa muchacha se ha llevado cambiada la caja!—exclamó Canfield.

—Pues hay que alcanzarlos—le ordenó James—. ¡Corred tras ellos!

Clanfield y Johnson, que acababa de llegar, salieron en persecución de los muchachos, que, ajenos a la fortuna que la casualidad había puesto en sus manos, seguían cogiendo mariposas.

Los divisaron cuando Percival, al coger una, cayó por un pequeño terraplén y su prima acudía en su auxilio, diciéndole:

—¿La has cogido?

—¡Ya lo creo!—le respondió su primo—. ¡Y que es la más grande que hemos cogido hasta ahora!

Sacó su caja, colocó dentro la mariposa y se la entregó a su prima.

Montaron nuevamente a caballo y, antes de que pudieran alejarse de allí oyeron a Clanfield que los llamaba. Sin poder adivinar de lo que se trataba, esperaron a que llegasen los dos amigos, y Clanfield les dijo:

—¡Deme esa caja que tiene ahí!

—¡De ningún modo!—respondió la muchacha—. ¡Es mía y no se la daré a nadie!

—Ya verán cómo cambian de parecer—

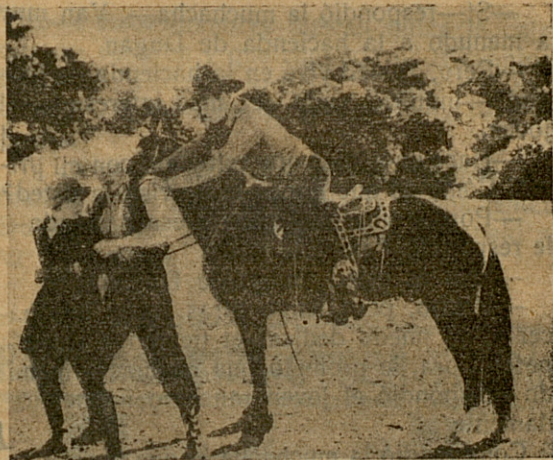
exclamó Canfield, sacando el revólver y haciendo exclamar a Percival, asustado:

—¡Por Dios, no dispare! ¡Mi caballo es muy asustadizo!

Pero el bandido, para atemorizarlos, disparó al aire y, como había dicho Percial, su caballo dió un brico, lanzándose en una frenética carrera. Su prima corrió tras él para ayudarlo, y los bandidos, creyendo que pretendían huir, también corrieron en su persecución. Como la que llevaba la caja era Anita, tras ésta se lanzó Clanfield, sin fijarse que desde lejos Tex, que volvía a su rancho, se daba cuenta del peligro que corría la joven.

Más jinete Clanfield que su joven perseguida, pronto estuvo cerca de ella y, lanzando sobre la muchacha su lazo de vaquero, la derribó al suelo, al mismo tiempo que la caja, que conservaba en su poder, rodaba por tierra.

Tex corrió en defensa de la joven y, al llegar, de un puñetazo separó a Clanfield del lado de la muchacha. Se levantó éste y respondió a la agresión, mas nuevamente los puños de Tex le hicieron rodar. El caer, sus manos tropezaban con la caja y fingió que quedaba sin sentido, al darse cuenta de que Johnson llegaba en su defensa. Cuando éste



Tex corrió en defensa de la joven.

llegó junto a él, se levantó rápidamente y, saltando sobre el caballo de su amigo, le dijo:

—Volvamos atrás. Ya tengo la caja en mi poder.

Tex, ni siquiera se dignó perseguirles, solamente atento a prestar ayuda a la joven, que sonriéndole deliciosamente, le dijo:

—Muchas gracias. ¡Esos malditos querían robarme mis mariposas!

—¿Los conoce usted?—le preguntó Tex.

—Sí—respondió la muchacha—. Van muy a menudo a la hacienda de Dugan.

—Pero, ¿usted vive en la hacienda de Dugan?—inquirió, cada vez más interesado, el joven.

—Hace unos días que estoy allí con mi primo. Cómo es que nunca le he visto a usted?

—Porque voy muy poco a esa hacienda—le respondió Tex.

—¿No es usted amigo de Dugan?

—Mucho, pero tengo otras cosas que hacer y no puedo dedicar el tiempo a visitas; pero ahora, le prometo que iré más a menudo—respondió el joven ranchero intencionalmente.

Comprendió la muchacha lo que quería decirle y bajó la vista ruborosa, al mismo tiempo que sonreía con aquella risa angelical tan suya, y que era uno de sus mayores encantos.

—¿Y sabe usted—le preguntó ella—por qué tenían tanto interés en apoderarse de mi caja de mariposas? Las mariposas no tienen ningún valor para ellos y, además, la caja de puros, y vacía, tampoco vale nada...

—¿Dice usted que una caja de puros? ¿Y dónde la cogió usted?—le preguntó Tex, por serlo por una repentina idea.

—De casa de Dugan—respondió la muchacha.

—Pues ya sé de qué se trata—exclamó

Tex—. Esos hombres buscan quizá la caja que me robaron y que contenía unos cuantos brillantes. Toda mi fortuna. ¡Vamos a la hacienda! ¿Quién sabe si todavía llegaremos a tiempo?

Y como si fueran los mejores amigos del mundo, se encaminaron hacia la hacienda Dugan, donde ya habían llegado Clanfield y su compañero.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la
 novela más gran-
 de que se ha edita-
 do hasta el día ti-
 tulada

Luces de Buenos Aires

por CARLOS GARDES

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Envíenos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remítanlos a continuación para el certificado. Franqueo gratis

TERCERA PARTE

James Jarfield esperaba intranquilo la llegada de sus enviados, y cuando los vió aparecer, corrió hacia ellos, diciéndoles:

—¿Habéis conseguido detenerlos?

Por toda respuesta, Clanfield le mostró satisfecho la caja.

—¡Por fin vamos a tener en nuestras manos esos malditos brillantes!—exclamó James.

Tomó la caja de manos de Clanfield y al abrirla y ver que en su interior sólo había dos mariposas, exclamó indignado:

—¡Si queréis burlaros de alguien, podéis hacerlo de vuestras respectivas abuelas!

Tanto Clanfield como Johnson miraron hacia el interior de la caja, y al ver su contenido exclamaron:

—¡Esos brillantes deben tener el demonio dentro, a juzgar como desaparecen!

Pero como en aquel momento vieran llegar a Tex y a la joven, James ocultó la ca-

ja, llevándose las manos a la espalda, y esperó a que llegase Tex.

Este, inmediatamente, se dirigió al grupo que formaban los tres hombres, y les dijo:

—Necesito que me entreguéis ahora mismo los brillantes que me habéis robado.

—No puede ser— respondió burlescamente James—, por una razón muy sencilla: la de que no los tenemos.

—¡Mentira!—exclamó Tex—. Estos hombres han quitado a la señorita una caja en la que iban mis brillantes.

—Aquí tiene la caja—volvió a decirle James—. Puede mirar si le interesa lo que hay dentro.

Tex cogió rápidamente la caja que le entregaba James y al abrirla y ver que sólo contenía dos mariposas, les dijo:

—¡Les advierto que yo no admito bromas! ¡Quiero mis brillantes!

Y ya iba a emprenderla a puñetazos contra los tres, cuando llegó Riley y le preguntó, como quien se extraña de verlo allí:

—¿Qué haces tú por aquí, Tex?

—¡He venido a recuperar los brillantes, que estos hombres me han robado—exclamó Tex.

—Tú siempre con la misma manía de los brillantes. ¿Sabes lo que pienso? Pues que



—Necesito que me entreguéis ahora mismo los brillantes

ni existen esos brillantes ni mucho menos. Me parece que todo es un embuste tuyo.

Tex no podía permitir, ni aun cuando se tratase de su mejor amigo, que pusiesen en duda su palabra, y menos ante Anita, por lo que se lanzó sobre Riley, que hábilmente evitó el golpe y huyó, perseguido por Tex, hasta que se escondió tras una cabaña y allí le detuvo diciéndole:

—¿No comprendes que todo lo he hecho

para que me sigas y poder hablar a solas?

—¿Qué pasa?—le preguntó Tex.

—Sencillamente, que estoy seguro de que James está en combinación con todos los bandidos que andan por aquí.

—Eso ya lo sabía yo—exclamó Tex, que creía que su amigo pensaba decirle algo importante—. ¿Y eso es todo lo que se te ha ocurrido?

—He pensado también—siguió diciéndole Riley—, que mientras que tú los entretienes por aquí, yo puedo ir a avisar a nuestra gente y detenerlos.

—Eso no lo podemos hacer mientras no los cojamos infraganti—le respondió Tex.

—Pues precisamente eso es lo que tú debes procurar.

Tex se quedó un momento pensativo y al fin le dijo:

—Lo mejor que podemos hacer ahora, es despistar de nuestra amistad. Haz como que seguimos peleando, y cuando yo me tire al suelo, tú huyes.

Hiciéronlo así, y Anita, al ver caer a Tex, corrió a auxiliarle.

CUARTA PARTE

De buena gana no se hubiera levantado Tex en toda la tarde. ¡Se estaba tan bien con la cabeza reclinada sobre el pecho de la muchacha! Pero como todo tiene que tener su fin en el mundo, también aquella agradable situación tuvo que terminar.

Los bandidos, entre tanto, no hacían más que buscar dónde podría estar escondida la caja que contenía los brillantes.

—¿Estás seguro de que te llevaste los brillantes?—le preguntó James a Clanfield.

—Segurísimo—le respondió éste—. Los vi yo mismo cómo los ponían en ella.

—Entonces es que la muchacha los ha visto y los habrá escondido.

—Yo sé dónde puede tenerlos—exclamó el compañero de Clanfield.

—¿Dónde?—inquirió ansiosamente James.

—Debe haberlos puesto en la caja del salón. Todos los días guarda allí las mariposas que coge. ¿Por qué no registramos la caja?



Se lanzó sobre Riley...

—Será mejor que aguardemos a la noche. Ahora podrían descubrirnos.

Y, creyendo ya en sus manos la presa, los bandidos no hicieron nada durante el resto de la tarde que pudiera suscitar sospechar.

Por otro lado, Tex tampoco se decidió mucho a buscar los brillantes. Había encontrado algo que le interesaba más que ellos, y este algo era precisamente Anita.

Salió con ella a pasear y la joven, extrañada de que fuese en su compañía en vez de

dedicarse a la busca de las piedras preciosas, le dijo:

—¿Cómo es que se ha venido usted conmigo, en vez de buscar las piedras preciosas?

—Porque he encontrado algo más precioso todavía.

—No le comprendo—respondió ella ingenuamente.

—Pues se trata, sencillamente, de que para mí el acompañarla a usted vale mucho más que todos los brillantes del mundo.

La joven bajó la vista ruborizada por las palabras del joven, y éste, tomándole una mano, le dijo:

—¿Le molesta a usted que la haya acompañado en esta excursión?

—Al contrario—respondió ella.

—¿Y no le pesa el que no la deje coger sus mariposas?—insistió amorosamente él.

—Le digo lo mismo que usted me ha dicho respecto de sus brillantes—respondió Anita.

Las palabras de la joven no dejaban lugar a duda respecto de lo que querían decir, y Tex loco de alegría, la estrechó entre sus brazos, besándola apasionadamente.

Su primo, que en aquel instante volvía para enseñarles le mariposa que había cogido, al ver a Anita abrazada a Tex, exclamó:

Ya me podíais haber avisado, para que continuase cazando.

—Puede seguir haciéndolo — le contestó Tex—. A nosotros no nos molesta. ¿Verdad, Anita?

Ella sonrió deliciosamente, al mismo tiempo que su primo se apartaba de ellos, comprendiendo que había llegado el momento de dejarlos solos.

Por la noche, la hacienda de Dugan aparecía envuelta en el misterio y en el más profundo silencio. Parecía que todo el mundo estaba durmiendo y, sin embargo, todos los que vivían en la casa velaban, espíandose los unos a los otros.

El único ser que era ajeno a todo lo que pasaba, era el propietario de la casa, quien encerrado en la cocina, leía un libro de aventuras, sintiendo recorrer por su cuerpo, de cuando en cuando, los escalofríos que le producía aquella lectura. De pronto vió dibujarse sobre la pared una sombra y, creyendo que se trataba de un fantasma, cogió una hecha y esperó a que entrase la sombra, para lanzarse sobre ella. Mas cuando ya se disponía a hacerlo, vió que se trataba de Percival, y respiró tranquilo, diciéndole:

—Creí que eras una sombra, y ya estaba dispuesto para cortarte la cabeza. ¿Qué deseas?

—Saber dónde han puesto las bolsas de la montura de Anita.

—Ahí están—le dijo Dugan indicándole un rincón—. ¿Piensas salir ahora a cazar fieras?

—No ;pero he pensado dónde puede estar esa dichosa caja que buscan con tanto afán, y ahora me acuerdo que Anita puso en sus bolsas una caja, parecida a la que nosotros tenemos para guardar nuestras mariposas.

Y mientras ellos iban en busca de las bolsas de la montura, en el salón los bandidos empezaban a maniobrar.

James, provisto de una linterna, alumbraba a sus dos cómplices, mientras que éstos iban avanzando hacia la caja, colocada en un rincón del salón. Una vez allí, empezaron a intentar abrirla, pero sin resultado alguno.

El rumor producido por los ladrones llamó la atención de Percival y de Dugan, que no se atrevieron a moverse de su sitio, y mucho mayor fué su temor cuando se vieron de pronto sujetos por el cuello. El miedo no les dejaba siquiera volver la cara para ver quién era su opresor, hasta que vieron por fin a Anita y se tranquilizaron, pensando que el otro que los tenía cogidos sería Tex.

Así era, en efecto, y Dugan, adquiriendo de nuevo un valor que no tenía, exclamó:

—¡Menos mal que he visto que eras tú, Tex, sino, lo hubieras pasado muy mal!

—Calla— le dijo éste—. ¿Sabes quiénes están en el salón?

—No—respondió Dugan, volviendo a ser presa nuevamente del pánico.

—Pues, James y sus cómplices, que pretenden abrir la caja, para ver si ahí están mis brillantes.

—¡Ah, granujas!—exclamó Dugan—. ¡Ya verán de lo que yo soy capaz!

—Nada de temeridades—le dijo Tex sonriendo, seguro de que nada podría hacer él, pobre hombre—. Yo ya tengo pensado otro plan.

Y dirigiéndose a Anita, le dijo:

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Verás cómo caen todos en la ratonera.

La muchacha dió la vuelta para salir por otra habitación, y fingiendo que había sido sorprendida por la presencia de los ladrones, salió al salón y exclamó:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Viene usted que ni a pedir de boca—le dijo James, atenazándola por la muñeca.

—¡Ahora mismo va a abrir esa caja!

—¿Para qué?—preguntó la muchacha.

—Para coger los brillantes que usted ha guardado en ella. Esos brillantes ya tienen dueño.

—¿Ustedes, acaso? — preguntó burlonamente la joven.

—No perdamos tiempo—la amenazó Clanfield con su pistola.

En vista de aquella amenaza, Anita se puso a abrir la caja; pero antes de que pudiera hacerlo, un fuerte estornudo de Dugan llamó la atención de los bandidos, que, suspendieron su trabajo, a la vez que decía James:

—Voy a ver quién hay ahí dentro. Seguid vosotros.

Mas, apenas había entrado, un puñetazo de Tex le hizo ver que los que estaban dentro de la cocina no eran mancos, ni mucho menos. Pero James tampoco era de los que su dejaban vencer fácilmente, y trató de hacer frente a su enemigo. Entre los dos hombres dió comienzo una lucha horrorosa. A cada momento parecía que uno de ellos iba a quedar tendido sobre el suelo. El ruido que armaban los dos combatientes atrajo a Clanfield, que inmediatamente se puso a la defensa de su jefe.

Pero Tex no se desanimaba, a pesar de la duplicidad de sus enemigos, y Dugan, dándose cuenta de que el otro no tardaría en acudir en auxilio de sus compañeros, se sintió valiente por primera vez en su vida y salió al salón a detenerlo.



Los dos muchachos se abrazaron tiernamente.

Vano empeño el suyo, pues no hizo otra cosa que servirle de blanco para que Johnson descargase sobre él una serie de puñetazos que le dejaron medio muerto.

Anita, en vista del cariz que tomaba el asunto, corrió afuera y montando sobre su caballo, huyó para pedir auxilio.

Los ladrones, que la vieron marchar, creyeron que ella se llevaba la caja y dejaron en paz a Tex para lanzarse en persecución

de la joven. Lo mismo hizo aquél ,compre-
diendo el peligro que corría la muchacha.

Unos tras otros iban en desesperada ca-
rrera, cuando por fin Tex consiguió apode-
rarse de James y siguió la misma lucha que
antes, esta vez agravada por las dificultades
que ofrecía el terreno, mas al fin sus puños
pudieron más y dejó sobre el suelo a su ri-
val.

Desde lejos, los hombres del rancho de Tex
habían divisado la lucha de su amo, y co-
rrieron junto a él para protegerlo; pero cuan-
do llegaron, ya no tuvieron nada que hacer.

—Vamos a la hacienda Dugan—exclamó
Tex—. Allí están los otros dos.

Picaron espuelas y poco después llegaron
hasta la hacienda Dugan, en el momento en
que Johnson y el otro compañero, que había
vuelto para advertirle del peligro, pretendían
huir.

—¡Quieto todo el mundo!—les gritó Tex
apuntándoles con la pistola.

No se atrevieron los bandidos a moverse,
y Tex les dijo de nuevo:

—¿Dónde está la caja con mis brillantes?

—No les preguntes nada, Tex— le dijo
Percival—. Ya he encontrado yo la caja.
Estaba en las bolsas de la montura de Anita.

Entregó a aquél la caja conteniendo los
brillantes y mientras que sus hombres se lle-

vaban a los bandidos, Tex le preguntó a la
muchacha:

—Y ahora que he encontrado los brillan-
tes, gracias a ti, ¿quieres compartir conmi-
go el negocio del petróleo?

Anita, que no deseaba otra cosa, se acer-
có a él, pero al ver a su primo le hizo una
seña. Este, comprendiendo lo que quería de-
cirle, los dejó solos, para que los dos mu-
chachos se abrazaran tiernamente. Después
de tantas emociones, bien se lo habían ga-
nado.

FIN

.....
PRONTO...

NAUFRAGOS DEL AMOR

ÚLTIMA CRACIÓN DE LA GENIAL

JERNETTE MAC DONALD

Historia de la República Española

Título del primer tomo:

**1921 - De la Dictadura a
la Revolución - 1931**

Título del segundo tomo

**Proclamación y Problemas
de la República**

Título del tercer tomo

Afianzamiento de la República

Es autor de este alarde
editorial el culto literato

E. MOLDES

Precio popular: 1'25 ptas.

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Sevimos números sueltos y colecciones completas, previ-
envío del importe en sellos de correo. Remitas cinco céntimos
en timos para el certificado. Franqueo gratis.

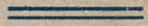
86
El acontecimiento cine-
matográfico de la próxi-
ma temporada, será :-:-:



Náufragos del Amor

creación de la espiritual
y gentil estrella del arte,

Jeannette Mac-Donald

acertada producción de
la invicta marca 

PARAMOUNT



cuya narración la hará

Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

Precio: UNA peseta

